

EDUCACION PREESCOLAR

SIGNIFICADO DEL TÉRMINO.

Dado que la escuela es la institución específicamente educativa, en función de ella suelen establecerse las distintas etapas de la educación institucional.

La escuela es una comunidad predominantemente intelectual. Por esta razón el ser humano no se halla apto en sentido propio para participar en la vida escolar sino en la medida en que tiene la capacidad mental suficientemente desarrollada.

Dentro de la infancia se suelen considerar tres etapas, llamadas, respectivamente, primera, segunda y tercera infancia.

La primera infancia comprende los primeros años de la vida. Siendo muy difícil establecer límites entre una y otra etapa, puede considerarse, sin embargo, que la primera infancia se halla determinada por la casi absoluta dependencia física de los padres y por la incapacidad de un contacto social suficiente a través del lenguaje. Comprende esta etapa los dos o tres primeros años de la existencia humana.

La segunda infancia comprende desde los tres a los seis años de edad, aproximadamente. Se halla caracterizada porque el ser humano adquiere el suficiente dominio del mun-

do físico, en el aspecto sensorial y motriz, para tener una vida independiente de sus progenitores. Al mismo tiempo adquiere también un suficiente dominio del lenguaje para poder comunicar sus necesidades fundamentales a sus semejantes.

También en la segunda infancia se puede considerar incoada la vida intelectual, porque en esta época se adquieren espontáneamente algunas de las nociones fundamentales para la vida mental; tal, por ejemplo, la noción de número, la noción de formas y tamaños e incluso la posibilidad de adecuar la conducta a normas previamente establecidas.

La tercera infancia, que viene a comprender, aproximadamente, desde los seis a los doce años, es propiamente ya etapa de educación escolar, porque el niño puede adquirir en ella las nociones y hábitos fundamentales para el mundo de la cultura. La primera y la segunda infancias constituyen un período de la vida en el cual el niño no entra propiamente en el mundo de la cultura; por esta causa se habla de educación preescolar.

OBJETIVOS.

Siguiendo el pensamiento de Alberto del Pozo y Coronación Andrés, los objetivos de la educación organizada en la edad preescolar pueden expresarse del siguiente modo:

1.º *Preparación para la vida.* Preparación que implica: a) la *actividad* sistemática contra el estatismo, la quietud y la pasividad, favoreciendo las tendencias constructivas manifestadas en el juego y el lenguaje y ordenando las tendencias a la destrucción y a la fabulación, evitando que puedan derivar en desorden y mentira, respectivamente; b) la *sociabilidad*, el contacto con los demás, la cohesión y unión con el grupo del que forma parte, en oposición a la soledad, el retraimiento y el aislamiento, y c) la *comunicación*, eliminando el mutismo, la melancolía y el silencio morboso,

2.º *Encauzamiento de emociones y tendencias* que implican el desarrollo de las emociones positivas de adhesión y comunicación, así como el control de las emociones de carácter negativo: el miedo, la ira, los celos y la envidia.

3.º *Formación y desarrollo de la capacidad perceptiva y expresiva* en el dominio del lenguaje y del arte, así como la incoación de la vida religiosa.

EL SUJETO.

El niño normal en la edad preescolar puede caracterizarse por la tendencia inmediata al «dominio físico del mundo físico». Esto significa que el niño en esta edad llega al conocimiento sensorial y a la capacidad de manipulación manual de las cosas concretas que le rodean.

Una parte, la más importante, del mundo físico, está constituida por el propio cuerpo. La primera infancia se halla caracterizada por la capacidad de movimientos corporales, que terminan en la posibilidad de marcha independiente. En la segunda infancia el dominio del propio organismo se complementa con la posibilidad de cubrir las necesidades biológicas—comer, evacuar, vestirse—utilizando los medios y modos usuales de la sociedad en que el niño vive.

Desde el punto de vista pedagógico, resulta de extraordinaria importancia el dominio de la capacidad de expresión desiderativa del lenguaje, así como la existencia de la curiosidad y las tendencias a la observación y a la imitación.

La curiosidad, que en esta etapa puede ser calificada de apetencia mental, se presenta como el inicio y la base de todo conocer. Se trata de una curiosidad de tipo expansivo. El niño es atraído por todo cuanto le produce impresiones nuevas, atracción que hace realidad en las pintorescas colecciones de cuantos objetos caen en sus manos—estampas, piedras, dibujos, botones, huesos, etc.—, y que transforman su cabás en auténtico cajón de sastre. Curiosidad hecha también realidad en sus continuos interrogatorios. Interrogatorios que únicamente están exigiendo respuestas inme-

diatas y categóricas, pero no científicas, tanto a las preguntas de origen (*¿qué?*) como a las de utilidad (*¿para qué?*), e incluso a las causales (*¿por qué?*), iniciadas a partir de los cinco años.

En cuanto a la observación, diremos que el niño observa las cosas en función de sí mismo y para fines que sirven a intereses de momento, siendo atraído por todas las cosas que permiten ejercer una acción sobre ellas o sufrirlas.

La observación infantil presenta como caracteres el ser variable, cambiante en los distintos momentos y fragmentaria, revelando aquello que más le interesa de la cosa observada. Esta fragmentariedad se pone de manifiesto en sus dibujos: un hombre es un círculo y dos líneas largas; un tren, una chimenea echando humo, etc.

Desde el punto de vista del contenido, la observación en la edad preescolar corresponde a la fase llamada enumerativa, con transición a la descriptiva. El niño, ante un grabado, estampa o lámina, enumera, denomina, cuanto allí ve —río, árbol, casa, ventana, mujer, etc.—, sin captar la concatenación causal de los mismos en la escena. A lo sumo, describe: mujer llorando, árbol caído, etc., pasando inadvertida la auténtica relación; por ejemplo: río desbordado por un fuerte vendaval, que está a punto de inundar la casa, dentro de la cual está una mujer en peligro, por lo que llora amargamente.

La imitación puede ser definida como el comportamiento que asume un individuo que ve la conducta de otro y trata de reproducirla.

En el niño de edad preescolar la imitación evoluciona desde la imitación puramente instintiva (por ejemplo, la mera repetición de sonidos que en los balbuceos prelingüísticos tiene lugar), a la que se puede considerar tendencial puramente, en la que el sujeto imita por imitar, sin distinción de contenido, hasta llegar a la imitación consciente, en la que hay comprensión de lo imitado con todas sus consecuencias pedagógicas.

Durante la primera infancia, en el niño se da un período prelingüístico formado principalmente por gritos sin signi-

ficación propiamente dicha y por balbuceos que son, en realidad, un juego vocal que le permite al niño ir preparando sus órganos para el lenguaje hablado.

Hacia los ocho o nueve meses empieza lo que ya se pudiera llamar período lingüístico, con repetición de los sonidos que escucha a los mayores, comprensión de la significación de algunas expresiones de los adultos y emisión de los sonidos con intención significativa. Los sonidos con intención significativa van desde la palabra-frase, en la cual con una sola palabra el niño expresa un deseo o una necesidad, hasta la frase, en la cual entran ya varias palabras.

El segundo año de la vida resulta fundamental para esta adquisición del lenguaje. El niño normal, criado en un ambiente de clase media, de cultura media, también llega a manejar varios centenares de palabras en el segundo año de su existencia. El número de palabras va aumentando, y cuando llega la hora de entrar en la escuela propiamente dicha, es decir, hacia los seis años, un niño de ambiente cultivado posee varios miles de palabras.

Junto a la adquisición del vocabulario, que sigue una línea ascendente, se puede también percibir la adquisición de las estructuras fundamentales de la frase.

Con toda claridad, en el lenguaje de la segunda infancia se pueden distinguir las expresiones significativas, las desiderativas y las interrogativas.

Especialmente estas últimas, es decir, las preguntas, constituyen un medio de enriquecimiento intelectual extraordinario, aunque empiece por ser inorgánico, simplemente acumulativo.

ACTUACIÓN EDUCATIVA.

En dos grandes capítulos se puede considerar agrupada la actuación educativa:

En primer término, la regulación de la vida biológica, afectiva y social del niño.

En segundo término, las adquisiciones relativas al mundo de la cultura.

La educación maternal se refiere sobre todo a la primera modalidad; la educación en instituciones de educación preescolar abarca las dos.

EDUCACIÓN MATERNAL.

Respecto de la regulación de la vida psíquico-social del niño, se ha de considerar como un aspecto fundamental la regulación de las funciones biológicas. Es decir, la regulación de la alimentación, del sueño, de la actividad y del descanso en general.

La técnica educativa exige en primer lugar la creación de un ambiente adecuado, tanto en el orden físico cuanto en el orden moral y social.

El ambiente adecuado físico vale tanto como pedir el cuidado para que la temperatura no sufra grandes variaciones y resulte adecuada a la vida del niño, así como la luz y los sonidos.

Igualmente se ha de tener en cuenta la necesidad de permitirles una actividad motriz adecuada a sus necesidades.

La vida afectiva y social requiere un equilibrio entre dulzura y firmeza que vaya situando inconscientemente al niño en el mundo de la vida social organizada.

En el climax educativo de los primeros años resulta fundamental el contacto con la madre.

La conciencia universal de la necesidad que el niño tiene de aceptación y cariño por parte de los adultos ha recibido confirmaciones experimentales en algunos trabajos, de los cuales se puede citar el realizado por Spitz acerca de la pérdida de la madre por el niño, publicado en la revista *Enfance*, en el número correspondiente a noviembre-diciembre de 1948. En esta experiencia se estudió la conducta de dos grupos de niños, uno en asilo maternal criado sin madre y otro en escuela maternal con contacto materno. A los cinco meses, los niños privados de madre presentan un desarrollo motor, orgánico y fisiológico, inferior a aquellos

que tienen contacto materno. Aparece también en los primeros una cierta ansiedad y angustia, rehúsan el contacto, adelgazan, adquieren un tono enfermizo y una actitud seria con expresión helada, lejana y triste.

Esta situación es reversible en poco tiempo ante el contacto materno; pero si se prolongara demasiado esta situación carencial, los efectos permanecerían a lo largo de toda la vida del sujeto.

El objetivo preciso en este orden de actividades es lo que pudiera llamarse autosuficiencia corporal, que implica de una parte la posibilidad de vida física independiente, es decir, la marcha autónoma, que acerca el niño al adulto y acelera su evolución mental; la manipulación de objetos, que igualmente facilita el conocimiento del mundo en que vive, y es un elemento insustituible para el desarrollo de la inteligencia, y también la posibilidad de regular los propios movimientos y de hacer uso de aquellos elementos de la vida que se consideran normales en la sociedad civilizada, es decir, los vestidos, los instrumentos para la comida, etc. El niño debe aprender a vestirse, a desnudarse, a comer, a hablar y a escuchar.

LA EDUCACIÓN PREESCOLAR INSTITUCIONAL.

La educación primaria fue hasta hace poco el nivel de educación primero, con el cual se iniciaba la educación institucional. No obstante, debido por una parte a circunstancias sociales, como el debilitamiento de la familia en su aspecto social y educativo y el trabajo de la mujer, así como a factores estrictamente pedagógicos, se han venido extendiendo en los últimos años instituciones específicamente educativas dedicadas a niños en edad preescolar.

Las instituciones de educación preescolar—escuelas maternales, jardines de infancia y parvularios en general—se justifican por facilitar cuidados familiares cuando la familia no está en condiciones de darlos. Una razón más honrada es la de estimular el desarrollo de las relaciones sociales

con sujetos de condiciones semejantes entre sí. Con toda razón dice Page que los niños no siempre deben estar con adultos, ya que la compañía de otros menores ayuda a aliviar el aburrimiento y disminuye el miedo inicial y el sentimiento de hostilidad hacia otros.

Por otra parte, el jardín de infancia o parvulario proporciona al niño un sentimiento de seguridad altamente beneficioso, y que se basa en el hecho de que en él el párvulo ocupa el lugar que le corresponde, con arreglo a su capacidad, edad y necesidades, y además realiza en él las primeras tareas de carácter serio, pensadas para él, adaptadas a su idiosincrasia y controladas y dirigidas por quien conoce al detalle su realidad actual y sus necesidades sociales.

Mas, aun cuando sean razones referentes a la vida y a la formación sociales las que justifican sobre todo la existencia de instituciones para la educación preescolar, en ellas, además de atender al desarrollo del mencionado tipo de vida, se realiza una labor que tiene gran influencia en el posterior desarrollo cultural del niño.

Dentro de las adquisiciones culturales, el lenguaje ocupa el primer lugar.

Los ejercicios de vocabulario en el jardín de infancia tienden a favorecer el aprendizaje natural de nuevas palabras y la utilización correcta de las que oye en su vida cotidiana.

Las más corrientes formas que adoptan los ejercicios de vocabulario son:

— Las dramatizaciones, las rectificaciones y canciones mímicas y corales, la formación de frases sencillas con palabras dadas; completar frases orales relativas a objetos, grabados, etc.; hacer enumeraciones sencillas acerca de conjuntos reales, de hechos sucesivos, de partes de un todo.

Es muy frecuente la utilización de láminas para estos ejercicios.

El enriquecimiento del vocabulario implica:

— Por una parte, la fijación, mediante el uso, de las pa-

labras que el niño oye espontáneamente, o adquiere mediante el aprendizaje sistemático.

— Por otra parte, la aclaración de las que figuran de un modo impreciso en el fondo lingüístico. Se sabe que el hombre usa muchas menos palabras de las que conoce; pero se sabe también que el hombre conoce muchas palabras que no sabe lo que significan, y que, por lo mismo, utiliza en ocasiones de un modo indebido.

Junto a la fijación y aclaración del significado de las palabras, pondríamos, por lo tanto, el aprendizaje o presentación de las palabras nuevas.

Dos fuentes informativas tiene el párvulo que actúan ante él en los diversos ejercicios que más tarde enumeramos. Por una parte, la maestra; por otra, sus condiscípulos.

Los ejercicios lingüísticos correspondientes, a fin de no convertir la enseñanza en algo puramente mecánico y formalista, han de tener en cuenta tres condiciones que dotan a la labor didáctica de cualidades personalistas o educativas extraordinarias:

1.^a Por una parte, el lenguaje se ha de asociar con la realidad. El vocabulario fundamental que el niño adquiere se refiere a palabras que designan seres, cualidades de seres, actividades... Cuantas más asociaciones con la realidad se haga a este respecto, más contribuirá la clase a desarrollar la personalidad del niño.

2.^a Pero es que estas asociaciones tienen un doble carácter: son asociaciones lingüísticas y sensoriales. Lingüísticas porque tienden al enriquecimiento del vocabulario y sensoriales porque se realizan o deben realizarse en presencia del objeto o de una imagen del objeto. Tienden, por tanto, a desarrollar la capacidad sensorial y de observación del niño. Este, a la vista del objeto o imagen suya, pondrá en juego sus sentidos para verificar la captación. De esta manera, el nombre aprendido no será una mera etiqueta, sino expresión de un concepto verdadero, evitando a la larga una formación puramente nominal y verbalista. Advirtiéndose que una observación es tanto más perfecta y rica cuanto más impresiones

sensoriales entren en juego. Y como es imposible traer a la escuela toda la realidad, conviene confeccionar un fichero con imágenes de seres que permitan una clase de este tipo.

3.^a Finalmente, el contacto con la realidad de un modo sensible debe afianzarse mediante una conversación; de este modo el vocabulario del niño será más rico en matices, pues, además de ser algo aprendido y sabido, resulta al mismo tiempo usado, que vale tanto como decir susceptible de aparecer verbalmente en una situación nueva, que no sea escolar.

Por lo que se refiere a la exactitud en la pronunciación, un medio conveniente es el de asociar la clase de lenguaje con aquellas actividades que contribuyen al desarrollo y adquisición de la madurez para utilizar palabras oralmente: tales como los cantos y recitaciones individuales y corales, la gimnasia dramatizada, los cuentos accionados, etc. Ejercicios como los citados favorecen por una parte la mímica, tan necesaria en toda expresión oral, y, por otra, la pronunciación propiamente dicha. En el caso de enseñanza correctiva, y cuando se trata de sílabas y sonidos difíciles para los niños, se pueden asociar estos ejercicios con la imitación de ruidos, cantos de animales, etc., de carácter onomatopéyico. Para este apartado de la enseñanza resulta muy provechosa la utilización del magnetofón, que permite la comparación por el párvulo de su pronunciación defectuosa con la correcta y el registro y control del progreso tanto por la maestra como por el párvulo.

De alguna manera también en la educación preescolar se puede iniciar en la lectura a aquellos niños que tengan suficiente madurez para ello, ya que la capacidad lectora es variable según los individuos, y no pueden establecerse límites precisos en su aparición y desenvolvimiento, si bien se puede situar la edad crítica normal alrededor de los seis años.

En el parvulario se deben realizar actividades que logren la emergencia de la disposición, actualizando la potencialidad lectora en aquellos sujetos que no posean maduración suficiente.

En una predicción del éxito lector hay que valorar, junto con las aptitudes específicas, el nivel mental general; así lo han evidenciado las investigaciones de Wrightm Grant, Calvert y Dean, aunque las correlaciones obtenidas entre inteligencia y capacidad lectora hayan sido muy variables. Para True las correlaciones oscilan entre 0,10 y 0,87; para Hilliard, entre 0,38 y 0,90; para Gates, entre 0,02 y 0,69.

Con los sujetos que sea posible la lectura no podemos limitarnos desde el parvulario a la mera transcripción oral de las grafías; la comprensión de lo leído será su complemento. Para ello se exigen libros de lectura que caigan dentro de los intereses y vocabulario del pequeño alumno.

Por lo que se refiere al aprendizaje de la escritura, no es conveniente iniciar su enseñanza antes de los cinco años de edad cronológica. En la escritura no se hace referencia a la edad mental, por la escasa correlación existente entre aptitud gráfica y capacidad intelectual. En todo caso los niños pueden realizar una serie de ejercicios sistemáticos preparatorios, que adelantarán el momento óptimo para el aprendizaje de la escritura, variable para cada individuo.

También resulta fundamental en esta época la diferenciación espontánea del número.

Sin una intervención sistemática el niño es capaz de adquirir la noción operativa de la diferencia que hay entre unidad y pluralidad.

Las formas y tamaños igualmente son conocimientos accesibles a esta época, y que se adquieren de una manera espontánea. Esto no quiere decir que no pueda haber una acción sistemática que perfeccione las adquisiciones espontáneas. Concretamente, una de las actividades más interesantes en la educación preescolar es la distinción numérica, tanto como la apreciación y distinción de formas y de tamaños.

De aquí la posibilidad de ejercicios de recuento (contar separando los objetos, contar tocando los objetos, contar señalando los objetos, contar objetos en movimiento) y de asociación y diferenciación de tamaños, formas y colores.

Piedras, bolas, cuentas, semillas, cartones, palillos, dados, discos, fichas, constituyen un valioso material para los ejercicios prematemáticos.

VIDA Y EDUCACIÓN ESTÉTICAS.

Un aspecto extraordinariamente interesante de la vida y la educación preescolar es el relativo a la vida estética del niño.

En la edad escolar se pone de relieve ya la existencia de una extraordinaria capacidad estética, que se manifiesta principalmente en la incorporación al mundo fantástico de los cuentos, en las posibilidades de creación plástica—es decir, de pintura y modelado—y también en la interpretación musical y rítmica.

Hablar del arte refiriéndose a la vida infantil es un tanto comprometido, porque si el arte es una actividad bien diferenciada en el mundo de los adultos, no ocurre lo mismo en el niño, en cuya vida tal vez pudiera decirse que el arte lo es todo, desde la gracia de sus palabras y sus pasos vacilantes, que embelesan a los grandes, hasta sus primeros garabatos escolares, que también embelesan a quien no tiene un concepto excesivamente académico de lo que la vida es.

Sirven las anteriores palabras para decir que las artes plásticas en la escuela no deben considerarse limitadas al dibujo, a la pintura y, tal vez en algunas—muy pocas—escuelas, al modelado. A mi modo de ver, las artes plásticas comprenden toda actividad, en la cual el niño se recrea con alguna cosa material. El dibujo y el modelo son, por supuesto, artes plásticas, pero también lo son las construcciones que puedan hacer con madera o con carbón y lo son igualmente los puentes de barro y los caminos que en el recreo harían los chicos si les dejasen sus maestros.

El niño crea por sí solo. Desde los tres años, un niño con un pincel en la mano y colores a su alcance puede pasarse tiempo y tiempo emborronando papeles, creando manchas fantásticas, llenas de sentido para él y a las que da nombre en

seguida. Más adelante la mancha adquiere contornos definidos, y el niño sigue dando nombres a sus obras, explicándolas si le pedimos explicaciones, pidiendo un papel tras de otro, incansablemente. El niño medio no suele preguntar. Una vez vencida la timidez de encontrarse por vez primera con los materiales de trabajo y una vez comprendidas unas pocas normas acerca de su uso, el niño resuelve por sí mismo todas las pequeñas dificultades técnicas que se le presentan. Mezcla, inventa, descubre colores; ensaya, transforma, rectifica. Pero no pregunta, y generalmente rechaza las indicaciones que el profesor intenta hacerle. No olvidemos que el niño trabaja en algo muy suyo, de lo que se siente seguro y dominante.

Para desarrollar una actividad artística, lo mismo los mayores que los pequeños necesitan materiales, ya que, justamente, las artes se distinguen de la actividad puramente intelectual porque en ellas el espíritu del hombre quiere expresarse a través de alguna materia sensible.

En todas las escuelas hay, con más o menos abundancia, lápices y papel. Con estos simples elementos el niño puede hacer cosas deliciosas; pero si, en vez de una cuartilla de papel, se le da un pedazo más grande—de 40 por 40 centímetros, por ejemplo—, y, en lugar de un lápiz, se le da un pincel y varios colores, entonces podemos decir que, si los elementos aumentan en progresión aritmética, los valores de la producción infantil aumentan en progresión geométrica.

Pero salgamos de la pura expresión gráfica y vayamos a las tres dimensiones, donde los materiales no son una superficie que se ha de dibujar o colorear, sino barro, madera, cartones, latas, alambres, cuerdas; es decir, objetos que van a entrar en las construcciones infantiles. Entonces el niño no representará personas o cosas, sino que hará personas, cosas, pueblos, instrumentos; la creación plástica, que de suyo es un juego, servirá también para crear instrumentos de futuros juegos y trabajos. A la proporción, la armonía, el ritmo, que son elementos existentes en todas las formas de arte expresivo, se unirá un gran sentido de

haber construido sin limitaciones, que, además de ampliar el mundo artístico del niño, irá creando en él un sentido del propio poder, de confianza y alegría en la vida, que le vendrá muy bien a lo largo de toda su existencia.

LA VIDA SOCIAL Y MORAL DEL PÁRVULO.

A través del desarrollo afectivo y mental, el niño adquiere capacidad de establecer relaciones sociales sensibles, esto es, relaciones sociales con aquellos con los cuales convive, con quienes está en presencia física.

Esto implica una posibilidad y una limitación. La posibilidad de diferenciar entre las cosas y las personas dentro del mundo objetivo que nos rodea. Pero la limitación de que todavía el intelecto no es capaz de traspasar la pura presencia física y llegar a establecer conocimientos y relaciones sociales con personas alejadas físicamente.

Las manifestaciones de simpatía y antipatía, de amor y odio; los celos, la audacia y el retraimiento, son manifestaciones que se pueden ya percibir en el segundo año de la existencia humana, y que se hallan en la base de la vida social.

También aparece hacia los tres años el negativismo, en forma de desobediencia a los adultos y de movimiento de oposición a los demás. Un doble juego de resistencias, la del adulto a los deseos del niño y la del niño a los deseos o imposiciones de aquél, empieza a constituir ya uno de los elementos más importantes para la formación del carácter humano. Por otra parte, también se pone de relieve la necesidad que el niño tiene de establecer contacto con otros iguales a él.

El deseo de llamar la atención y hasta de procurar la admiración ajena viene a constituir otra de las manifestaciones a través de las cuales el niño quiere afirmar su personalidad.

Tanto en las relaciones físicas como en la vida social necesitan los niños una actitud que pudiera llamarse de ternura ordenada.

Los niños faltos de ternura no aprenden a conocer realmente el amor y no saben hacer uso de él, estableciendo una barrera en sus relaciones afectivas de niño, que puede prolongarse después en sus relaciones sentimentales de adolescente y adulto.

Los niños mimados exigen adhesión sentimental de una o varias personas, sin las cuales no son capaces de una vida independiente.

La vida moral también empieza a tener sentido, si bien se trata en la edad preescolar de una moral mecánica y heterónoma.

Moral mecánica implica tanto como la adecuación inmediata de la conducta a una orden, sin que haya comprensión de las relaciones éticas que existen entre la normal y la acción. Moral heterónoma vale tanto como decir moral venida absolutamente de fuera.

El niño empieza a comprender y a utilizar los criterios de bondad y de maldad, de justicia e injusticia, de corrección e incorrección, según lo que los adultos dicen. En general, el criterio positivo viene dado por la aprobación de los adultos, el criterio negativo viene dado por la negación; es decir, lo bueno es lo permitido, lo malo es lo prohibido.

A través de la adhesión a los adultos, el niño es susceptible de adquirir, al final de la segunda infancia, algunas nociones sensibles y antropomórficas, relacionadas con la vida religiosa. El padre «enseñador y proveedor» es imagen de Dios sabio y providente. También algunas actitudes, que luego se transformarán en religiosas—como la de petición, que luego puede convertirse en actitud de oración—, son susceptibles de ser adquiridas al final de la segunda infancia mediante una estimulación adecuada.

EL JUEGO.

La principal manifestación sintética de la vida infantil se da en el juego.

En tanto que expresión principal de la vida del niño,

el juego tiene un valor educativo que tal vez desborda todo intento de sistematización, y en el que se han de señalar, al menos, los siguientes valores:

— Satisfacer la necesidad de actividad infantil enlazando el puro movimiento con la actividad perceptiva y práctica que desemboca en el conocimiento y la utilización efectiva de las cosas que rodean al niño.

— Es igualmente un factor imaginativo, puesto que a través del juego «se animan» las cosas sensibles, tomando el valor de realidades vivas. En este sentido el juego enlaza con el arte, hasta el extremo de poder afirmarse que el juego y el arte, indiferenciadamente, constituyen la manifestación más importante de la capacidad «creadora» del niño.

— Liberador de emociones y ocasión para imitar la vida del adulto, también el juego entra en otro tipo de vida infantil.

— Finalmente, otro gran valor del juego reside en su fuerza socializadora; jugando, el niño aprende a colaborar, a realizar una actividad adecuada y también a enfrentarse con la oposición de los demás y con la resistencia de las cosas.

Pudiera decirse que en las instituciones de educación pre-escolar no tiene sentido hablar de un programa especial de juegos, porque, en definitiva, toda la actividad de tales instituciones debe organizarse como un juego continuado.